

## REIVINDICACIÓN DE UNA ACTITUD

En primer lugar querría agradecer a los organizadores de estas conversaciones, la oportunidad de contribuir al recuerdo del maestro Alejandro de la Sota.

Su homenaje, aunque tardío y póstumo, era algo debido por la Escuela. La asistencia masiva a este acto lo demuestra. Aunque seguramente pocos de los presentes, por su edad, le conocieron personalmente, todos participan del interés y respeto hacia una figura mítica que se perfila como el maestro de los maestros que intentan hoy orientar en el laberinto de esta casa y en nuestra profesión a los futuros arquitectos.

Cuando acepté participar en este acto tuve que vencer, sin embargo, una cierta resistencia a hablar públicamente de una persona tan querida.

Mi reticencia inicial se acentuaba además por el lugar en que se iban a celebrar estas conversaciones. Nunca podré olvidar que fue en este Salón de Actos donde por última vez habló en la Escuela Alejandro de la Sota. Hace 25 años se produjo su separación de la docencia por decisión de un Tribunal de Oposición que desde entonces habrá hecho todo lo posible por olvidar su fallo. También en este sitio ví por vez primera a Alejandro de la Sota, unos años antes, en mi primer encuentro con la Escuela. Este Salón, sin embargo, y por el recuerdo de aquella oposición, me resultó hasta ahora particularmente antipático. El acto de hoy le redime en cierto sentido en mi recuerdo.

No sería oportuno intervenir, en su memoria, al contrario de como él lo haría, como lo hizo siempre. Incluso en aquella desgraciada ocasión, apareció sin papeles, hasta el punto de “perderlos” oportunamente, en el momento más inoportuno, cuando trataba de explicar los motivos por los que aspiraba a ocu-

par una cátedra. Finalmente las razones quedaron expuestas simplemente con su obra. Parecía querer dejar que ellas hablaran por sí mismas. Quizás pensaba que, en la Escuela, la clase de Proyectos debía apoyarse en el propio valor de la obra del maestro.

Aunque el conocimiento de Alejandro de la Sota fue muy temprano en mi vida, y por lo tanto ya antiguo, lo que me atrajo de él en el principio, se ha mantenido en el tiempo. Era algo que estaba más allá de sus dibujos, sus obras o sus palabras. Más allá de su capacidad de seducción. Tenía que ver con la actitud, con la autoridad moral.

Porque la obra, y el personaje, por muy atractivos que pudiesen resultar, eran irrepetibles. La imitación más o menos disimulada de los gestos, de las apariencias, carecía de sentido. Lo interesante estaba en la capacidad de pensar y de sentir. Por eso dibujó tan poco en el tablero de dibujo. En los últimos años, cuando las limitaciones físicas le impedían prácticamente dibujar, podía proyectar “al dictado”, dejando que manos ajenas pusiesen a limpio con claridad lo que él expresaba con la palabra y los gestos. Esa necesidad, anterior al proyecto, de explicar lo que el proyecto quería ser, lo que era la raíz de la idea, estaba en el origen de su atractivo fundamental.

Por esa línea quería plantear ahora algunas cuestiones. Otras, están dichas o escritas en ocasiones concretas, ligadas a circunstancias específicas.

Quienes le conocimos, pasamos muchas horas recordando las conversaciones mantenidas, en pequeños grupos, en discusiones de pasillo, hablando de otra cosa, después de cenar, en cualquier sitio, con cualquier motivo. Entre sus antiguos discípulos, una reunión solía terminar en un monográfico Alejandro de la Sota, referido en especial a los aspectos más conflictivos, más difíciles de entender, o menos fáciles de compartir. La extraordinaria complejidad del personaje era semejante a la de su arquitectura. Una y otra nos dejaban perplejos con frecuencia. Respecto a la ideología política o al conocimiento de la misma cultura arquitectónica. Cómo, su tantas veces elogiada sensibilidad se volvía irónica. O sobre su capacidad de subvertir, de modo impredecible, con sus proyectos sus primeras ideas. El modo de ver y el modo de ser se definían en el modo de hacer la arquitectura.

En Alejandro de la Sota percibimos una manera de pensar el mundo para transformarlo, personal e intransferible. Cómo acercarse a ese mundo personal para transmitirlo era uno de los atractivos de su magisterio.

A lo largo de nuestra experiencia, todos hemos tenido muchos profesores y escasos maestros. Entre éstos, a veces, es posible que surja “el” maestro

personal. Cuando esto sucede es para siempre y nunca se olvida. Nos acompaña como guía, como referencia permanentemente disponible. Sin embargo sus respuestas concretas no nos pueden servir más que de ejemplo. Hemos de realizar nuestro propio camino rompiendo las dependencias. Sota pretendió, eso creo al menos, que no se le imitase de forma superficial y, supongo, no le agradó ver que algunos “alumnos” pareciesen tan sólo delineantes aventajados de sus propias ideas.

La autoridad moral del maestro debe reflejarse en la que crece con libertad en el discípulo.

Esa autoridad moral que en Alejandro de la Sota resultaba evidente para quienes queríamos ver en ella la razón última de su magisterio, es, creo yo, lo que debemos reclamar en nuestra Escuela. Querría creer que es desde ella, desde donde se han convocado estas conversaciones en torno a su figura y a su obra. Alejandro de la Sota fue un maestro que no se había planteado la docencia al margen de su vocación o sus convicciones. La autoridad que de ello se derivaba era indiscutible.

En su memoria quisiera pedir que demos su nombre a este Salón de Actos para que perdure su recuerdo y su ejemplo entre nosotros.